

Amistad a lo largo

ESTUDIOS EN MEMORIA

DE

JULIO FERNÁNDEZ SEVILLA

Y

NICOLÁS MARÍN LÓPEZ



UNIVERSIDAD DE GRANADA

Departamento de Filología Española

1987

SOBRE LA HISTORIA LITERARIA

Antonio Chicharro Chamorro

Introducción

Voy a referirme aquí a la disciplina literaria que logró un importante desarrollo en el pasado siglo, resultando rechazada y cuestionada teóricamente hoy, entre otras razones, porque esta perspectiva de aproximación al fenómeno literario conduce a la creencia, bastante general por cierto, de que se encuentra, por su carácter histórico, en uno de los límites que lindan con una disciplina ajena a la estricta dilucidación del objeto literario, razón por la cual resulta obvia su oposición a lo que es la crítica literaria hasta el punto de ser innecesaria su delimitación. Dejo, pues, momentáneamente fuera de mis explícitas preocupaciones cuestiones como las de la literatura en la historia y la historia en la literatura sobre las que por otra parte vengo pronunciándome en otros trabajos. No creo necesario insistir ahora en la proclamación teórica de la radical historicidad de las prácticas literarias y del saber de las mismas. En todo caso, al final de estas páginas me referiré al saber histórico de la literatura en un sentido diferente del saber histórico proporcionado por la clásica historia literaria, disciplina cuya denominación, vuelvo a insistir ahora citando a Tacca (1968, p. 9), “es como pocas, equívoca. Su empleo se ha generalizado como sinónimo de *estudios literarios*, *crítica literaria* o simplemente *Literatura*. Pero la *historia literaria* no comprende, sin embargo, sino parte de esos estudios pasibles de un enfoque o consideración *histórica*. Hablaremos, pues, de *historia literaria*, en el sentido más preciso con que se emplea tal expresión cuando se le opone a la *teoría* y a *crítica literarias*”. Ni que decir tiene que en tal denominación la misma voz ‘historia’ (v.

Maravall, 1967, p. 14; Tacca, 1985, p. 188; Mondéjar, 1980, p. 3, entre otros) y sus diferentes sentidos ejercen una actuación decisiva, ya que, según se entienda tal término, cambia también la concepción de esta disciplina. Me refiero a que si entendemos por historia la serie de hechos acontecidos, la realidad del pasado, o la noticia de esos hechos, o la ciencia que los estudia (Maravall), habremos de especificar inmediatamente de qué historia literaria hablamos, ya que podemos hablar de historia literaria en un sentido empírico, es decir, de una disciplina que se ocupa de/sobre textos literarios particulares, o bien podemos hablar de la misma como un conjunto de proposiciones teóricas no directamente relacionadas con los textos, tal como lo hace el profesor Talens cuando plantea la conveniencia del sistema hipotético-deductivo en la teoría de la producción artística (1978, p. 18 y ss.): “Si entendemos como *teoría* tanto lo que remite al hecho artístico en general como a los hechos artísticos diferenciados (específicos o especiales) todo lo dicho implica que la *teoría* abarca tanto el nivel 1 (teoría general) como el nivel 2 (teoría específica), mientras la *crítica* se centra en el nivel 3 [textos particulares] (...) Una cuestión que parece quedar irresuelta con este planteamiento (establecido sobre la dicotomía teoría/crítica) es el del lugar (o nivel) de vinculación de las llamadas *historias* de la literatura, la pintura, la música, el teatro, etc. Aunque diferenciable de la crítica, su espacio es el texto también, en la medida en que lo que la historia narra es el desarrollo concreto de obras empíricas particulares”. En el caso de una historia de la literatura como hecho social, dirá después, su función radica en el nivel 3 también, ya que se sigue la literatura como hecho social a partir de textos concretos. Solamente podría situarse la historia de la literatura en el nivel 2, como teoría especial, si se entiende “como reglas de correspondencia a través de las cuales relacionar una teoría literaria general con la crítica sobre textos concretos” (*ibidem*, p. 21). Por su parte, para Aguilar e Silva (1972, p. 359) la historia literaria se basa en los objetos singulares -nivel 3-, en las obras literarias, en su intento de conocer el pasado a través del análisis de hechos generales y representativos en sus interrelaciones y evolución, teniendo en cuenta específicamente las relaciones de esos objetos singulares con los elementos supraindividuales que los condicionan. Pero hablaremos después de esta cuestión, así como del “nivel pretextual” que dicha disciplina configura, según los razonamientos de Reis (1981, pp. 51-68).

Sobre los orígenes de la historia literaria

Según Wellek (1965, I, pp. 40-42), las primeras manifestacio-

nes de la historia literaria se sustentaron en el concepto de evolución o desarrollo que tiene su origen en la idea renacentista de progreso, aunque esta idea sólo actúa como precedente pues sólo indica un avance uniforme hacia un perfecto ideal. Las primeras historias se orientaron a la erudición y a la acumulación de informaciones bibliográficas hasta que comenzaron a aparecer trabajos más conscientemente históricos. En efecto, es a finales del siglo XVIII cuando comienza a fraguarse una perspectiva histórico-genética de aproximación a la literatura, quedando superadas, por tanto, las compilaciones y el acarreo de materiales simplemente eruditos, actividades éstas que, según Schultz (1930, p. 9), no tenían el menor sentido para lo individual ni disponían de conceptos ni de criterios históricos, agrupando y dividiendo los hechos externa, subjetiva y arbitrariamente. Se trataba de una historia "literaria" erudita —*crónica literaria* la llaman otros— que coexistía con la nueva corriente histórico-romántica que en vez de apoyarse en la "literatura" se apoyaba en la "poesía" —ni que decir tiene que uno y otro término se encuentran en este tiempo en un proceso de evolución semántica que dará paso finalmente a la significación *actual* de los mismos, si bien en este preciso instante la significación que poseen según el *Diccionario de Autoridades* es la siguiente: "Literatura": "el conocimiento y ciencia de las letras"; "Poesía": "ciencia que enseña a componer y a hacer versos" y "se llama también la misma obra o escrito compuesto en verso" (v. Mignolo, pp. 32-33)—, esto es, se trataba de una historia literaria erudita que, según Schultz (*ibidem*) coexistía con "una investigación histórica y sistemática encaminada a los problemas estéticos", una investigación histórica que compararía ciertas posiciones con la crítica literaria, lo que podía resultar fecundo para la historia literaria en tanto que "se pretendiera ver claramente lo nuevo de la poesía, su valor y su significado, y se procurase ordenarlo en una conexión histórica de este modo", lo que es aplicable ya a Herder, según el investigador alemán citado (*ibidem*, p. 10). Efectivamente, el pensamiento de Herder va a resultar básico para la implantación de una concepción histórica del hombre y de su práctica y obviamente para una concepción histórica de la literatura. Ahora bien, aunque la influencia de Herder sobre la ciencia literaria de la época no puede reducirse a unas cuantas fórmulas ni tampoco a un sistema consecuente de pensamientos, a decir del mismo Schultz, lo cierto es que no deja de mencionar una serie de aportaciones concretas: con su concepto de *comprensión* sobre una base histórico-genética, que tiende hacia algo individual siempre, apunta al his-

toricismo y al biografismo decimonónicos; así como con su concepto de literatura nacional y con el de espíritu de la época. En fin, rastrear los pasos de esta disciplina es tarea cabalmente cumplida por Schultz, al menos en una buena parte, y también por Tacca (1968 y 1985), por lo que remito a sus trabajos. No obstante, y a título de simple señal en tan complejo camino, conviene recordar que el método de la historia literaria sufrió cambios como consecuencia de la base realista y positivista de mediados del siglo XIX, lo que provocó trabajos bibliográficos, ediciones de textos, búsquedas de fuentes, esto es, trabajos de compilación en los que nuevamente se rechazaba toda interpretación. Así, la historia literaria, una tendencia de la misma, mantuvo una estrecha relación con la filología y particularmente con la crítica textual como consecuencia de ese deseo de “compilar y cercar” al modo de las ciencias naturales, empezando por lo más empírico, por el texto mismo. Tampoco puede desconsiderarse la influencia hegeliana en la “ciencia literaria” de ese período, influencia a la que se debe la aplicación sistemática del concepto de espíritu (Schultz, p. 22) y la tendencia a espiritualizar y ordenar el material histórico, por períodos, antítesis, polaridades y categorías.

De esta manera se van configurando a lo largo del pasado siglo, el *siglo de la historia* —“La historia —dice Tacca (1968, p. 30 y 1985, p. 196)— como testimonio, como *racconto* del pasado, la historia empírica aparece en el alba de la cultura; la conciencia de los problemas que el conocimiento histórico plantea no aparece sino mucho más tarde; en fin, la teoría de tales problemas es todavía posterior (...) Si el siglo XIX fue llamado el *siglo de la historia*, el siglo XX podría llamarse el *siglo de la filosofía de la historia*”—, unas vías históricas de estudio literario que, desconsiderando en buena medida la fisonomía estética de los textos, se orientan al biografismo, la información positivista y el estudio de la génesis del texto literario (Reis, 1981, p. 53), despreciando o no considerando abiertamente la realización de una tarea propiamente crítica. De esta manera se consuma, al menos en apariencia, el divorcio entre crítica e historia, divorcio que tiene lugar además como consecuencia de la estrecha relación de la historia literaria con la filología y como consecuencia de la asociación de la crítica literaria con la poesía, crítica que se hizo heredera de la antigua poética y de su orientación sistemática, según Aguiar (1972, p. 345) que termina diciendo: “De aquí nacieron antinomias que se manifestaron en el seno de los estudios literarios a lo largo de todo el siglo XIX y se expresaron en el XX; la separación, que muchas veces ha llegado a divorcio, entre la historia

y la crítica literarias; la oposición entre un conocimiento literario de naturaleza histórica y una ciencia literaria de carácter sistemático”.

Historia literaria y crítica literaria

Lejos de conformarnos con la simple distinción con que acabo de cerrar el apartado anterior y antes de hacer gala de su desconsideración “por razones obvias”, debemos dejar trazadas al menos las grandes líneas de la relación entre la historia literaria y la crítica literaria, lo que nos llevará a plantear cuestiones relativas al objeto de las mismas. Son muchos los que internamente han abogado por una historia crítica mientras que otros han procurado conservar el carácter eminentemente histórico de la historia literaria huyendo de las valoraciones y de los juicios personales. Precisamente la primera crisis importante de la historia literaria, según nos indica Tacca (1985, p. 189 y ss.), provino de su “anemia crítica” para lo que cita a Menéndez Pelayo, Brunetière, Venturi y, por supuesto, a Croce, quienes pensaban que toda historia es una historia crítica. En este sentido Wellek y Warren (1948, p. 47 y ss.) ya expusieron sus puntos de vista acerca del carácter insostenible de la distinción entre historia y crítica: en historia literaria la selección de materiales conlleva juicios de valor implícitos; la reconstrucción histórica de la literatura, que requiere un esfuerzo de “endopatía” y que tiende, mediante el estudio de la intención del autor, al reconocimiento de una sola norma crítica, la contemporánea del autor, resulta errónea para estos teóricos, porque el sentido de una obra no se agota en su intención y porque el historiador no puede dejar de tener como punto de referencia su propio momento histórico, lo que no debe conducir a un relativismo o absolutismo falsos sino al “perspectivismo” —reconocimiento de la existencia de una literatura comparable en todas las épocas que va modificándose—; en fin, tras explicar Wellek y Warren por qué no se ha ocupado la historia literaria de la literatura reciente, señalan que la inmunidad del historiador de la literatura a la crítica y a la teoría es falsa porque no se puede analizar una obra sin recurrir a principios críticos y porque la crítica literaria cuando va más allá del subjetivismo necesita de la historia literaria porque “será incapaz de saber qué obra es original y cuál derivada; y a causa de su desconocimiento de las circunstancias históricas, disparatará constantemente en su modo de entender obras de arte concretas” (*ibidem*, p. 55). También, según expone Soria (1971, p. 5) se da unidad en la práctica entre el historiador y el crítico literario:

“En la práctica, nada de esto sucede (los ejemplos son numerosísimos), mezclándose el historiador con el crítico y tal vez sea mejor así para todos”.

Por otro lado, no han faltado quienes han afirmado el carácter eminentemente histórico de esta disciplina, como Lanson y otros. Como quiera que sea, lo cierto es que desde las primeras décadas de nuestro siglo la disciplina en cuestión viene sufriendo un proceso conflictivo que tiene una fecha simbólica, 1931, año en que se celebra, en Budapest, el *Primer Congreso Internacional de Historia Literaria* (Paul Van Tieghem distinguió por aquel entonces no sólo las tendencias del método histórico, sino también las numerosas corrientes que a él se oponían de una u otra forma y, también por aquel entonces, Dragomirescou expuso su total oposición al método histórico, como es sabido). Por estos años, la reacción antipositivista llega a sus más altas manifestaciones no desde el punto de vista del simple rechazo sino desde la elaboración teórica alternativa. Me refiero, por poner el más destacado caso, a las elaboraciones teóricas del formalismo ruso (Paul Van Tieghem lo reconoció como corriente opositora al método histórico) y su consecuente redefinición de la poética, lo que abre nuevas posibilidades en el camino de los estudios literarios de pretensiones científicas. A partir de aquí son comprensibles las reacciones de un Dámaso Alonso en contra de la historia literaria, tal como podemos leer en su prólogo a *La poesía de Vicente Aleixandre*, de su discípulo Carlos Bousoño, que también publicó *Insula*, “dado su interés”, en 1950 (núm. 58, p. 1): “Gracias a las llamadas Historias de la Literatura –necrópolis a veces bellísimas–, vamos sabiendo bastante de todos los cuñados de los primos de los grandes escritores. De lo único que no sabemos nada, nada, es de la obra literaria (...) Todo eso [fechas, mutilaciones, ejemplos, imitaciones] son exterioridades, muy interesantes, sí, para la Historia de la Cultura, pero no tienen que ver con la razón interna de una obra de arte, con el sistema de leyes por que se rige y con lo que se ha dado su insobornable cohesión de organismo y de organismo único”. Está claro, pues, cuál es el lugar, según Dámaso Alonso, de la historia literaria. Se trata de una actividad no científica que no forma parte del campo de los estudios literarios, constituido por los tres grados de conocimiento literario ya famosos: lectura, crítica y ciencia (estilística).

A pesar de todo, a pesar del hecho de que se operaran estas reacciones contrarias no se eliminó el método de la historia literaria, que siguió -y sigue- preferentemente vinculado a determinados gru-

pos universitarios, lo que explica la también simbólica polémica Barthes-Picard, con Racine y la *Nouvelle Critique* de por medio. Esta polémica, de la que no vamos a ocuparnos aquí, acabó por parte de Barthes con una separación radical de historia y crítica literaria, debiéndose ocupar la primera de la literatura como institución, lo que la remite a la historia, esto es, la historia literaria debe ocuparse de los escritores en tanto participantes de una actividad institucional que inicialmente los sobrepasa. De ahí que la división bartheana de los estudios literarios quedara asimismo en lectura, crítica literaria y ciencia de la literatura, pero no historia literaria, porque ésta tiene otro lugar. Ahora bien, el mismo Tacca ha señalado que, pese al descrédito contemporáneo de los estudios históricos de la literatura, la crítica como “no puede negar la necesidad o al menos la conveniencia de los estudios de conjunto, se multiplican en nuestro tiempo dos formas de elusión de los problemas históricos (en especial de los que atañen al agrupamiento y a la periodización): a las vastas historias de la literatura suceden los *panoramas* y los *diccionarios* (...) He aquí cómo se manifiesta en forma de necesidad práctica, la relación entre *teoría, crítica e historia literaria*” (*ibídem*, p. 217).

Hasta aquí, pues, podemos ver la existencia de posturas encontradas respecto de la relación entre la historia literaria y la crítica literaria, si bien estas diferentes actitudes se encuentran sustentadas en una misma concepción básica del fenómeno literario. Quiero decir que el problema se plantea en términos de aproximación a un común objeto, externa o internamente visto, histórica y/o estéticamente considerado, valorado o no, etc., pero no parece ir más allá. Así, pues, la positiva o negativa relación entre ambas disciplinas tiene diferente gradación que va de la imposible separación de las mismas a su divorcio total, sin llegar a plantear el problema del *qué* conocer, sin destruir este vínculo. Así, pues, desde una base fuertemente positivista, el caso de Lanson por ejemplo, la historia literaria establece como meta suya el conocimiento de los fenómenos literarios, sus relaciones con una tradición literaria, su agrupamiento en géneros, su filiación en escuelas, sin ignorar la relación de todos estos fenómenos con la historia de la cultura y de la civilización. Desde esta base positivista, como es sabido, desde la que tan fuertemente se rechaza el subjetivismo crítico, toma cuerpo la separación entre la crítica literaria y la historia literaria, como consecuencia de una concepción que considera el estudio objetivo de la literatura únicamente cuando éste se aproxima al “fuera de sí” de los fenómenos literarios, a su contexto, etc., dejando sin explicación objetiva lo pro-

piamente subjetivo (lo interno o lingüístico, etc.). Así, pues, partiendo de la dicotomía sujeto/objeto —con sus múltiples variantes: forma/contenido, obra/sociedad, etc.— la historia literaria delimita en este caso como campo de estudio el objeto, el otro aspecto dicotómico, por ser el elemento susceptible de aproximación objetiva. Por tanto, desde estas posiciones teóricas, se abre una clara distinción entre la crítica literaria y la disciplina que nos ocupa, al tratar aquella lo propiamente subjetivo. Asimismo, en la aproximación al “sujeto”, es viable la exposición de lo subjetivo por lo que respecta a la valoración, interpretación, etc. La separación a que estamos asistiendo, innegable a simple vista, no debe impedir que señalemos la base común en la que se sustentan, base común que ha hecho que se haya hablado de las mismas como de una “hermandad inversa” (Rodríguez, 1985, p. 49): “*La oposición “crítica literaria/ historia literaria” (o sea, lectura formal/lectura historicista) no es más que una hermandad inversa inscrita en el mecanismo de la ideología clásica. La polémica historicismo/formalismo (...) no es más que una pelea entre hermanos. La lectura formal de la obra es también una lectura historicista (la lectura de los medios o de las técnicas), tanto como la contenidista. Todas las variaciones que hemos ido reseñando de ambas posturas (...) coinciden por ello en este espíritu humano constante, como sintaxis o como semántica; como mera forma expresada o como contenido psicológico y hegeliano, esto es, expresado o expresivo; como historia de la evolución o aparición de los medios o formas por los que el espíritu se revela, o bien como historia del espíritu literario encarnándose a través de las épocas, o reflejándolas, etc.*”.

La historia literaria, hoy

Los términos en que queda planteada hoy la cuestión de la historia literaria por parte de numerosos teóricos no parecen haber superado el obstáculo teórico que supone el concebir el *espacio* de esta disciplina literaria como lugar sobre el que construir una “nueva” historia literaria. El problema básico subsiste desde mi punto de vista. Así, pues, que unos aboguen por una historia literaria “social” o por una historia del espíritu que produce y consume literatura (Valéry) o por una historia de las formas (Genette), etc., no viene a ofrecerse sino como solución de recambio en este sentido, impidiéndose el planteamiento —demorándose— en otros términos teóricos del problema del conocer histórico acerca del fenómeno lite-

rario, excepción hecha de ese intento de superar el divorcio entre el conocimiento histórico y estético de la literatura al tenerse en cuenta la recepción y efectos por parte de la llamada “estética de la recepción”, cuyas soluciones se encuadran más bien (v. Reis, 1981, p. 52, n. 1) en la sociología de la literatura, concretamente en la sociología de la recepción de la obra literaria. Por tanto, no se trata de subsanar errores —la supuesta “escasez crítica”, la concepción estática del objeto o tantos otros más—, sino que debe procederse desde el actual horizonte de científicidad a construir una teoría del saber histórico de las prácticas literarias que no separe las perspectivas diacrónica y sincrónica y que no conciba lo histórico en el fenómeno literario como una dimensión del mismo, sino que conciba dicho fenómeno en su radical historicidad. Ni que decir tiene que estas palabras apuntan en una dirección que escapa a lo que es la construcción o justificación de una disciplina literaria. Así es, en efecto. Se trata de abogar por un conocimiento científico de la literatura, conocimiento teórico por tanto ya sea a partir de objetos abstracto-formales o reales-concretos (Althusser, 1967). Desde este punto de vista, efectivamente, la historia literaria está en crisis. Ahora bien, no se puede hablar del “ocaso” de la misma, “el fin de una ilusión”, poniendo en el otro platillo de la balanza afirmaciones como las que efectúa Wellek en un trabajo muy posterior al que más arriba cité (1983, pp. 245-260): “No hay progreso, ni desarrollo, ni historia del arte a excepción de la historia de los escritores, las instituciones y las técnicas” (*ibidem*, p. 260), llegando a considerar fallida incluso su útil, documentada e inconclusa *Historia de la crítica moderna* al haber descubierto también que “no hay evolución en la historia de la argumentación crítica, que la historia de la crítica es más bien una sucesión de debates acerca de conceptos recurrentes, acerca de “conceptos esencialmente en conflicto”, acerca de problemas permanentes en el sentido que nos acompañan hoy todavía” (*ibidem*). Las apariencias engañan, podemos anotar, ya que, pese a los referidos conceptos recurrentes, no existen dos momentos históricos iguales. Cada momento histórico es singular, por lo que las supuestas repeticiones y vueltas al origen no son tales, a pesar de que empíricamente puedan detectarse. El ocaso de la historia literaria proviene por tanto de otro lugar teórico: de la superación que suponen los actuales estudios marxistas y semióticos de las prácticas históricas, entre las que obviamente se encuentran las literarias. Por esta razón, cuando Carlos Reis (1981, pp. 64-68) habla de las perspectivas futuras de la historia literaria, a pesar del error relativo a que conduce esta manera de

hablar, tiene el acierto de referirse a dichas perspectivas teóricas: “Es, por tanto, teniendo en cuenta las dos direcciones apuntadas (valorización de la envoltura contextual y combinación diacronía/sincronía) como juzgamos posible conjugar la lectura histórica de la obra literaria con disciplinas como la sociología literaria y la semiótica. En cuanto a la primera, nos parece evidente que la ampliación de los horizontes contextuales del texto literario no puede dejar de conducir a la resolución de cuestiones eminentemente sociológicas [producción, recepción, estatutos de los interlocutores, etc.](...) Por lo que respecta a la conjugación de la historia literaria con la semiótica, pensamos que aquella se impone a partir del momento en que aceptamos la posibilidad de combinar un conocimiento diacrónico de la obra literaria con el de los elementos sincrónicos que la integran [estudio de la imposición y derogación de los códigos, etc.]” (*ibidem*, pp. 65-66). De cualquier forma y por si había duda al respecto, Cesare Segre dedica un capítulo de sus *Principios de análisis del texto literario* (1985, pp. 143-172), bajo el título de “Historización”, al replanteamiento teórico de diversos problemas relacionados con la cuestión cultura e historia. El comienzo de sus palabras no deja lugar a dudas: “Al insertar el texto en un acto de comunicación, se evidencian automáticamente sus lazos de unión con la cultura y se reivindica una perspectiva histórica” (*ibidem*, p. 143). Más adelante se pronuncia también con gran claridad acerca de la “necesidad” de historizar los textos literarios en diferente sentido al de la historia literaria, de la que señala la imposibilidad de su constitución, exponiendo que, a la hora de captar el desarrollo histórico de la literariedad, es imposible separar los elementos de la textualidad de los empleados como material ni se puede ignorar las conexiones de la sociedad, de la literatura como institución y de las obras literarias. Posteriormente afirma: “Así como la concepción comunicativa del arte evidencia la inestabilidad de la consideración histórica, la concepción semiótica de la cultura es ahora la que ayuda a superar determinismos ingenuos y sociologismos primitivos” (*ibidem*, p. 146). Por aquí radicaría el nuevo espacio teórico de una consideración histórica de la literatura más allá de la historia literaria como sobresaliente disciplina decimonónica que sin duda tuvo su importancia. A partir de aquí se obtendría, por otra parte, un saber histórico, en efecto (v. Matamoro, 1980, p. 19 y ss. para las características del mismo) y a partir de aquí se iniciaría la superación del obstáculo que representa la distinción entre historia y crítica literaria, en tanto que conocimiento histórico y estético, respectivamente, de lo concreto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1972) AGUILA E SILVA, V. M. de, *Teoría de la literatura*, Madrid, Gredos.
- (1950) ALONSO, D., "Hacia un conocimiento científico de la obra poética", *Insula*, núm. 58, p. 1.
- (1967) ALTHUSSER, L., *Sobre el trabajo teórico: dificultades y recursos* (vers. esp. Barcelona, Anagrama, 1970).
- (1966) BARTHES, R., *Crítica y verdad* (vers. esp. Buenos Aires, Siglo XXI, 1972).
- (1967) MARAVALL, J. A., *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente.
- (1980) MATAMORO, B., *Saber y literatura (Por una epistemología de la crítica literaria)*, Madrid, Ed. de la Torre.
- (1978) MIGNOLO, W., *Elementos para una teoría del texto literario*, Barcelona, Crítica.
- (1980) MONDÉJAR, J., "Lingüística e historia", *Revista Española de Lingüística*, año 10, 1, pp. 1-48.
- (1981) REIS, C., *Fundamentos y técnicas del análisis literario*, Madrid, Gredos.
- (1985) RODRIGUEZ, J. C., *La norma literaria*, Granada, Diputación Provincial.
- (1930) SCHULTZ, F., "El desenvolvimiento ideológico del método de la historia literaria", en: (1930) ERMATINGER, E. y otros, *Filosofía de la ciencia literaria* (vers. esp. México-Madrid-Buenos Aires, F.C.E. 1984, Reimp.), pp. 3-47.
- (1985) SEGRE, C., *Principios de análisis del texto literario*, Barcelona, Crítica.
- (1971) SORIA, A., "Notas sobre métodos de historia literaria", en: (1971) *Historia y estructura de la obra literaria* (Coloquios celebrados del 28 al 31 de marzo de 1967), Madrid, C.S.I.C., pp. 3-18.
- (1968) TACCA, O., *La historia literaria*, Madrid, Gredos.
- (1985) -----, "Historia de la literatura", en: (1985) DIEZ BORQUE, J. M., ed., *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, pp. 187-228.
- (1978) TALENS, J. y otros, *Elementos para una semiótica del texto artístico (poesía, narrativa, teatro, cine)*, Madrid, Cátedra.
- (1965) WELLEK, R., *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, 3 vols. (vers. esp. Madrid, Gredos, 1969-1972-1973).
- (1983) -----, *Historia literaria. Problemas y conceptos*, (selección de Sergio Beser), Barcelona, Laia..
- (1948) WELLEK, R. y WARREN, A., *Teoría literaria* (vers. esp. Madrid, Gredos, 1969, Reimp.).